

timo cuando ese orgullo se transforma en soberbia y lo impulsa a teorizar: el admirable sentido común queda sometido, sin defensa, a todas las contradicciones de los informes conceptos doctrinarios de su dueño.

Sucede, como decía Engels, que el sentido común vive verdaderas tragedias puertas adentro si el individuo no ha llegado a obtener una visión integral, una comprensión profunda de la interdependencia y mutabilidad con que seres, procesos y cosas se presentan en la naturaleza y la cultura.

La carencia de método, de un criterio central, de una concepción clara de la vida, hace posible que en Rojas se den, en medio de aciertos indiscutibles, las más inaceptables arbitrariedades, inconsecuencias y afirmaciones superficiales.

¿Cómo calificar el hecho de que acepte, sin mayor análisis, que “de la literatura chilena están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia”, y que achaque esa ausencia a la mediocre cultura de los escritores, o a causas raciales, o a la calidad “ametafísica” y hasta “antimetafísica” de los chilenos? ¿Cómo comprender que se lamente de la poca inquietud religiosa de nuestro pueblo y de que entre nosotros no hayan surgido grandes místicos? ¿Cómo conciliar su pasado revolucionario con las insinuaciones de que a Puerto Rico no le conviene la independencia?

Tomadas en su valor representativo, muchas de las reflexiones de Rojas atentan abiertamente contra la actitud vital y estética del creador de “Hombres del Sur”, “Lanchas en la Bahía”, “Hijo de Ladrón”, etc. Por fortuna para la literatura chilena, tales obras, sin embargo, son ya invulnerables a los trastabillones de su ilustre progenitor.

YERKO MORETIĆ.

<https://doi.org/10.29393/At388-59ELYM10059>

“Eloy”, por *Carlos Droguett*.

Editorial Seix Barral, Barcelona, España, 1960

El año 1947 murió el “ñato Eloy”, a manos de la policía. El presente relato de Carlos Droguett busca recrear las violentas

últimas horas del temido bandido. El autor lo hace "desde adentro", desde la vida interior del protagonista, pero intercalándole referencias objetivas, datos concretos. Se produce de este modo un entremezclamiento de planos que funde la realidad externa con la turbia subjetividad del acosado personaje.

Si bien los elementos reales, externos, son pocos y, en su escasez, descarnados, exentos de toda elaboración imaginativa, poseen siempre un fuerte carácter motivador que acentúa, inclusive espectacularmente, el deseado contraste. Las referencias objetivas están suministradas con habilidad y sirven de sólidos soportes o puntos de partida para darle al lacerado soliloquio interno de Eloy el intenso dramatismo que se le puede presumir.

Por consejos o no de Carlos Droguett, la misma presentación del libro contribuye a obtener ese efecto. La portada, por ejemplo, es una fotografía del cadáver de Eloy, fotografía impresionante, aunque no sensacionalista, cruda, nítida. Muestra un rostro joven, anguloso, duro, cruzado por una larga cicatriz, sanguinolento.

Luego viene, en la solapa, un escueto relato periodístico de la muerte del bandido. Muy preciso, muy objetivo.

Por último, Droguett utiliza, como epígrafe, un extracto, al parecer, del parte policial: "...En los bolsillos de su ropa se encontraron las siguientes especies: un escapulario del Carmen, una medalla chica, un devocionario, un naipe chileno con pez de castilla y jabón, dos pañuelos limpios, uno de color rosado y otro violeta, un portahojas "Guillette" y dos hojas para afeitarse, y una peineta, un espejo chico, un cortaplumas de concha de perla, una caja de fósforos, un cordel y una caja de pomada para limpiar la carabina...".

Ya en la novela propiamente tal, esos elementos objetivos, esos datos concretos, quedan reducidos al mínimo, a los indispensables; en primer plano queda ahora el monólogo interior del "ñato" Eloy.

Para lo sustancial de la novela, el hecho policial en que se inspira y la trayectoria del delincuente poseen muy poco interés. Lo que visiblemente sedujo al creador fue el acorralamiento que sufrió Eloy por parte de once policías dispuestos a ma-

tarlo, el largo rato que duró el asedio, el copioso baleo de lado a lado, y el indestructible y feroz espíritu de lucha del bandolero.

Es decir, "Eloy" no es la novela de un delincuente, como lo es, por ejemplo, "La Huella del Bandolero", de Manuel Guerrero y Raúl Miranda. Resulta evidente que, para los fines de Carlos Droguett, daba lo mismo que se tratara de un bandido acosado por detectives que, pongamos por caso, de un detective acosado por bandidos. Lo fundamental en el contenido puesto en juego por el novelista es el febril estado interno de un hombre que enfrenta un grave peligro de muerte.

No importa aquí cómo Eloy se hizo bandido, cuál fue su biografía, en qué estrato social se desarrollaron los años de su infancia y adolescencia, si trabajó alguna vez, cómo se iniciaron sus relaciones con la policía, etc. En el libro no aparecen tales antecedentes y circunstancias más mediatos. No le interesan al autor.

Carlos Droguett comprende que un hombre que va a morir, o que corre el peligro cierto de morir, resume en esos cruciales instantes muchos de los rasgos, apetitos, tendencias, que lo caracterizan en lo esencial. Por eso, el escritor procura concentrar, afirmándose en los recuerdos más cercanos de Eloy y en las repercusiones que en su espíritu provocan los terribles momentos, cuanta determinación humana fundamental es posible.

Eloy encara la muerte con valor, agilidad mental y decisión, pero inundado por las marejadas de sus ensueños, sus apetencias, sus nostalgias afectivas, su odio, su sentimentalismo, sus proyectos de venganza, todo en un ir y venir encontrados, primitivos, con predominio de los impulsos biológicos, especialmente del sexual.

Ni el tema, ni el procedimiento son nuevos en la literatura universal; ni siquiera lo son en el propio Carlos Droguett, cuyas primeras obras persiguen una condensación parecida a través de una técnica similar.

Pero no es la falta de novedad la característica que conspira contra la plenitud de la obra. Inclusive podría decirse que Carlos Droguett ha ganado, en el uso de la introspección, un mayor

afinamiento expresivo, mayor fuerza al elaborar tan pasionales estados anímicos.

Es en la raíz misma del contenido donde actúa el germen de su depreciación. Eloy aparece en la novela como un hombre en el aire, casi sin pasado, o casi sin que este pasado permita entender su duro presente. Tampoco el carácter de los recuerdos que lo asaltan a cada instante entrega al lector alguna luz acerca del origen y la formación de este ser que tan implacablemente se bate por su vida. Pudo tratarse, repetimos, de un bandido o un detective, un obrero, un estudiante, un político, etc.

Debe reconocerse, sí, que Droguett logra a ratos darle cierto tono de rudez selvática al devenir síquico de Eloy, como el que pudiera atribuírsele efectivamente a un bandolero. Pero tal propiedad de algunos rasgos, de algunos pensamientos y gestos, no se observa igualmente a lo largo de todo el libro. De pronto el lector advierte que se encuentra ante un sicologismo muy intelectual, muy cerebral, ante un despliegue habilidoso de conexiones introspectivas, habilidoso pero carente de poder vivencial, hasta de verosimilitud.

No se pretende reprochar a Droguett que no haya utilizado la técnica biográfica, el relato detallado y explicativo. Nada de eso. Hay, por lo demás, un innegable talento en la utilización del ángulo elegido, pero, por falta de una concepción más realista, la obra termina desvitalizándose, la síntesis es poco amplia y, de cierta manera, poco esencial. La captación del bandido acorralado es sólo parcial y, por ello, débil y falseadora.

La actitud ante el peligro y ante la muerte, así como la presión del impulso sexual, son los temas más importantes de "Eloy", tal cual lo son también en los libros anteriores de Droguett.

Semejante predilección no tendría nada de particular si no inclinara al autor a convertirla en la base del relato, unilateralizando así el tratamiento de un contenido tan ambicioso.

El mismo hecho de que las mejores escenas del libro —y escenas extraordinarias, intensas, sobrecogedoras— sean aquéllas en que Eloy se ve obsedido por el deseo carnal, viene a indi-

car, por contraste, la debilidad de las restantes y la debilidad general de la novela, en la cual la vida languidece y el monólogo termina haciéndose artificioso y desmesurado.

YERKO MORETIĆ.

*Temas y problemas de literatura española, ensayos de  
Vicente Gaos.*

Ediciones Guadarrama. Madrid, 1959

El conjunto de ensayos que Vicente Gaos reunió en este volumen de Guadarrama comprende estudios acerca de literatura española medieval, clásica y moderna, los cuales "han sido escritos en el curso de los últimos diez años". Algunos ya han sido publicados o dados a conocer a través de conferencias.

La variedad de temas y lo numeroso de los artículos no nos permite reseñar y comentar a cada uno en especial. Elegiremos de diversa época.

El *marqués de Santillana* (págs. 27-33). Fecha: 1958. El propósito del autor es "combatir la falsa imagen que de Santillana nos ha quedado: aroma campesino de las sierras, marmórea serenidad de la funeral estatua que ha fijado los rasgos del Marqués y de su esposa para la posteridad" (p. 33). El señor Gaos manifiesta una no disimulada antipatía hacia el señor de Hita y Buitrago. Nos parece encontrar la base de actitud en el siguiente postulado: "Toda obra —la poesía, por lo tanto— vale en definitiva lo que el hombre que la creó" (p. 26). No queremos comentar —pues, nos alejaría del tema y del objeto de esta reseña— la validez general de esta premisa. Sólo la estudiaremos en función de las afirmaciones en torno al autor que nos preocupa. De acuerdo con su pensar, la obra del Marqués carece de mérito porque no existe una adecuación ni una correspondencia entre las ideas expresadas e implícitas en la obra con lo realizado en la praxis política por el autor del *Doctrinal de privados*. A su juicio, "el Marqués —vehemente, violento, orgulloso, embarcado en los vaivenes de la vida política—